

XXV JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ

Catedral de La Habana, 1 de enero de 1992

Ilustrísimo Mons. Michael Courtney, Auditor de la Nunciatura Apostólica en Cuba, Excelencias, distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático, queridos hermanos y hermanas:

Inspirados en la lectura del Antiguo Testamento, abrimos el año 1992 con una hermosa y antiquísima bendición. Nuestro pueblo pide a los sacerdotes que bendigan las casas, los crucifijos y medallas, a los niños. En la lectura del Libro de los Números, aquellos hombres primitivos hacen gala de un fino sentido espiritual: Pedían la mirada de Dios, la sonrisa de Dios y el favor de Dios; pedían ante todo la PAZ. Nosotros también queremos comenzar este año pidiendo esa paz que tanto necesitamos, que incluye el poder vivir con espíritu sosegado.

Iniciamos el año bajo la mirada amorosa de la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra. El Hijo de Dios, que Ella contempla llena de gozo en esta Navidad, se hizo hijo de mujer para hacernos a nosotros hijos de Dios. Realmente hemos obtenido de Dios Padre una bendición que no nos hubiéramos atrevido a pedir jamás. Así también nosotros, con los pastores, rebosando de ingenua alegría, nos hemos asomado al misterio de esta Navidad.

Pero ¿qué habrá sido de los pastores de Belén?, ¿habrán vuelto a sus asuntos pequeños y agobiantes de cada día?, ¿se olvidaron pronto de lo que habían visto y oído? De ellos nada sabemos, sí estamos seguros de que María, y con Ella José, «guardaba todas estas cosas y no dejaba de meditarlas en su corazón» (Lc 2, 19). La Iglesia necesita de esta actitud que es la de la contemplación de Dios, la de la verdadera oración.

Si al comenzar el año 1992 queremos que Dios nos bendiga con la Paz debemos, ante todo, pedirla insistentemente al Señor. Así nos lo dice el Papa Juan Pablo II en su Mensaje para esta Jornada de la Paz de 1992.

«Antes de recurrir a los medios humanos quiero subrayar la necesidad de una oración intensa y humilde, confiada y perseverante, si se quiere que el mundo se convierta finalmente en una morada de paz, pues la oración es la fuerza por excelencia para implorarla y obtenerla. Ella infunde ánimo y sostiene a quien ama y quiere promover dicho bien según las propias posibilidades y en los variados ambientes en que vive. La oración, mientras impulsa al encuentro con el Altísimo, dispone también al encuentro con nuestro prójimo, ayudando a establecer con todos, sin discriminación alguna, relaciones de respeto, de comprensión, de estima y de amor. El sentimiento religioso y el espíritu de oración no solo nos hacen crecer interiormente, sino que incluso nos iluminan sobre el verdadero significado de nuestra presencia en el mundo. Se puede decir también que la dimensión religiosa nos impulsa a trabajar con mayor dedicación en la construcción de una sociedad ordenada donde reine la Paz.»

La intención de la XXV Jornada de Oración por la Paz está expresada en el mismo Lema con que el Papa Juan Pablo II nos la presenta al inicio de este año: «creyentes unidos en la construcción de la Paz».

El creyente, con todos los hombres de buena voluntad, se siente llamado a trabajar por establecer en el mundo los sólidos fundamentos de una Paz verdadera. Mas su aporte a este quehacer, que colma las ansias más sentidas de los pobladores del planeta, está marcado por su fe religiosa, o sea, por esa especial relación a quien todo lo trasciende, o

aun por la amorosa dependencia del Dios de cielo y tierra que lo compromete de modo particular a procurar el bien de toda la creación.

Para nosotros, cristianos, que celebramos en la maravilla del nacimiento del Hijo de Dios hecho hombre, el gran don de Dios al mundo, la Navidad es anuncio e invitación a ser promotores activos de la Paz. «Paz en la tierra a los hombres amados de Dios», cantaron los ángeles a los pastores en la Noche de Belén. Esta Jornada de la Paz, celebrada siempre a una semana justa de la Navidad, recoge el eco del canto de los ángeles, y lanza para esta época, para esta hora de la historia, para el año que comienza, una convocación a la Paz, un llamado a hacer realidad el designio de Dios en todas las latitudes, entre todos los pueblos y naciones y al interior de cada país. Esta convocación a trabajar, como cristianos y católicos, por la paz, nos llega especialmente a nosotros en Cuba, que iniciamos, al decir de nuestros gobernantes, uno de los años más críticos de nuestra historia.

El aporte de los católicos a la Paz está, lógicamente, impregnado de la enseñanza de Jesucristo. Un seguidor de este Maestro no puede no ser un luchador por la Paz; «Dichosos los que trabajan por la Paz, porque serán llamados hijos de Dios» (*Mt* 5, 9). En el envío de Jesús a los suyos para anunciar la buena noticia del Reino de Dios se incluye un saludo de luz que es un programa; «Cuando ustedes lleguen a una casa digan: «Paz a esta casa» y si hay en ella gente de paz llegará hasta ellos la paz que les llevan, si no, volverá a ustedes mismos» (*Mt* 10, 12-13). «Yo les dejo mi paz –dice Jesús–, yo les doy mi paz, pero no como la da el mundo» (*Jn* 14, 27). La paz, junto con su amor hasta el extremo, constituyen el legado precioso del Salvador a los suyos. El discípulo de Cristo, invitado a trabajar por la Paz, a llevarla como divisa, sabe que la paz que anuncia y promueve no es la que el mundo puede ofrecer, limitada a veces a una ausencia de conflictos violentos o impuesta, en otros casos, por la coerción o la fuerza de las armas.

El cristiano, que conoce la bienaventuranza de los pacíficos, también conoce, porque pertenece a la misma carta magna del reino de los cielos formulada en el Sermón de la Montaña, las bienaventuranzas de los que tienen hambre y sed de justicia (*Mt* 5, 6) y de los que son perseguidos por practicar la justicia, y sabe también que en el lenguaje bíblico la justicia es más que la repartición de bienes; la justicia es lo cierto, lo no engañoso, la verdad. Esa justicia participa de algún modo de la misma santidad de Dios.

Trabaja, pues, un cristiano por la paz, cuando lo hace por los fundamentos de la Paz, por aquellos sustentos sólidos donde se establece el edificio de la auténtica paz, que son: la justicia, la verdad, la solidaridad, sometido todo al gran mandamiento del amor al prójimo, que Jesucristo equiparó al amor a Dios y que San Juan presenta en forma de sentencia en su primera Carta: «quien no ama a su prójimo a quien ve, no ama a Dios a quien no ve» (*1 Jn* 4, 20).

En su búsqueda de la Paz, el punto de vista del cristiano con respecto a las estructuras vigentes en el mundo y al estilo de su propia acción, estarán fuertemente matizados por los reclamos de su fe en Jesucristo y el seguimiento de sus enseñanzas. De ahí se derivan un conjunto de exigencias éticas en su actuar y en el contenido mismo de sus esfuerzos.

Justamente, en esas inquietudes, compartidas por los católicos con otros hombres o instituciones, por establecer las relaciones internacionales y al interior de los estados sobre las bases de una ética que debe renovar desde dentro la vida de cada pueblo y de todo el mundo, la Iglesia Católica brinda un aporte específico para el logro de una Paz auténtica.

Es evidente que, para tratar los grandes problemas del mundo, la Iglesia no habla el lenguaje de los políticos; pero si toca, y es normal y deseable que así lo haga, el amplio campo de la política desde el punto de vista de la ética iluminada por el Evangelio, es muy probable o casi inevitable que los hombres políticos y la opinión pública de uno y otro lado interpreten sus palabras en clave exclusivamente política.

Quizá algunos desearían evitar esa aparente confusión, proponiendo a la Iglesia que no hable nunca de esos asuntos; pero una Iglesia del silencio, además de no honrar las instituciones de la sociedad en que vive, sería ella misma infiel a su misión profética que le impele a anunciar la Paz que se opone a las estructuras de guerra y de muerte, a invitar a todos a la reconciliación y al perdón de los agravios, a promover, en fin, el amor, que descarta el odio y la violencia como métodos aptos para lograr cualquier fin.

Al hablar el lenguaje de la ética cristiana, el Papa Juan Pablo II, en el ámbito mundial, y los obispos de cada país, en sus propias naciones, recuerdan sin cesar a los hombres que sirven a sus pueblos en el campo de la política, y a toda la opinión pública, que la crisis del mundo y de los pueblos es ante todo una crisis moral, y que las respuestas a los graves desafíos del futuro no se hallan únicamente en ciegos mecanismos económicos, ni en sistemas cerrados de uno u otro signo, sino en la solidaridad de todos en un proyecto auténticamente humano que pueda movilizar las voluntades y los corazones.

La crisis tremenda que ha sacudido al mundo a finales del segundo milenio de la era cristiana es una crisis de valores morales. La historia probó fehacientemente que no puede asentarse el equilibrio y la felicidad del hombre sobre arsenales de armas nucleares, que el miedo no produce paz, que el terror no construye. Los bloques enfrentados solo nos dejaron un mundo empobrecido y espiritualmente enfermo. La pasión por la ideologías tiene que ceder el paso a una auténtica PASIÓN POR EL HOMBRE.

Sí, se hace necesario hablar el lenguaje de la ética que coloque al hombre con toda su dignidad en el centro de las preocupaciones de políticos e instituciones. Basta ya del lenguaje terriblemente ideologizado que habla de asesinato cuando es ultimado alguno de los que integran sus filas, pero dice «ajusticiamiento» cuando se mata al del campo opuesto. Se hace necesario el lenguaje unívoco de la ética, que llame crimen a lo sucedido en ambos casos, porque se ha matado a un hombre.

Basta ya de proponer cercos económicos que privan de productos esenciales a un país con la aprobación casi unánime de la comunidad mundial, mientras se critica, siguiendo las simpatías o las alianzas políticas, el mismo cerco impuesto a otro país. Éticamente, el procedimiento es inaceptable para todos los casos.

Se condena a gobiernos, se hacen concesiones a sistemas, se defienden hasta la muerte las ideologías; pero gobiernos, sistemas o ideologías no son los sujetos de la historia. Sujeto de la historia son los pueblos, es el HOMBRE: son los seres humanos comunes quienes sufren el hambre, los que mueren en las guerras, los que no tienen voz para ser escuchados.

El camino de la Iglesia es el hombre, dijo el Papa Juan Pablo II en su Encíclica «*Redemptor Hominis*», porque el camino de Dios para llegar hasta nosotros fue el hombre Jesús de Nazaret, el que encontramos envuelto en pañales y colocado en un pesebre. También el hombre debe ser el camino y la meta de las preocupaciones de políticos e instituciones; el hombre es el punto común de encuentro del católico con otros creyentes y con toda la humanidad en la búsqueda de los fundamentos de la Paz, que son la justicia, la verdad y la libertad.

Es necesario insistir: El hombre, considerado en su intrínseca dignidad, puesto en el lugar de honor que Cristo le ha dado, debe ser el centro de las preocupaciones de todos los hombres y sujeto y no objeto de la historia. Todo lo humano concierne al cristiano. Dentro de lo humano, todo podemos nacerlo, fuera de lo humano, nada.

En su mensaje de Paz para el año 1992, el Santo Padre insiste sobre el respeto a la dignidad humana:

«La paz es un bien fundamental que conlleva el respeto y la promoción de los valores esenciales del hombre; el derecho a la vida en todas las fases de su desarrollo; el derecho a ser debidamente considerados, independientemente de la raza, sexo o convicciones religiosas; el derecho a los bienes materiales necesarios para la vida; el derecho al trabajo y a la justa distribución de sus frutos para una convivencia ordenada y solidaria. Como hombres, como creyentes y más aún como cristianos, debemos sentirnos comprometidos a vivir estos valores de justicia, que encuentran su coronamiento en el precepto supremo de la caridad: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 22, 39).

«Una vez más quiero recordar, continúa diciendo el Papa, que el riguroso respeto de la libertad religiosa y de su derecho correspondiente es principio y fundamento de la convivencia pacífica. Espero que este respeto sea un compromiso no solo afirmado teóricamente, sino puesto realmente en práctica por los líderes políticos y religiosos, y por los mismos creyentes; es en base a su reconocimiento como asume importancia la dimensión trascendente de la persona humana».

Queridos hermanos y hermanas: con augurios de Paz queremos comenzar este año 1992 que se presenta para Cuba y para otros países del mundo como un año difícil.

Este año, celebramos, en la fe, la llegada de la noticia de Jesucristo y de su Evangelio a nuestras tierras de América. Cuba fue el primer territorio de esta zona del mundo donde fue plantada la Cruz de Cristo.

No se apresta la Iglesia Católica a celebraciones históricas cargadas de estériles polémicas. Conocemos las luces y sombras de la enorme empresa del Descubrimiento y la Conquista. Pero no queremos quedar envueltos en sombras del pasado, sino retomar la luz que brilla en medio de las tinieblas, la de la Cruz de Cristo y su Resurrección, y levantarla en lo alto para que ilumine con su verdad y su amor el futuro de nuestros hermanos.

Por esto celebramos este año conmemorativo con una gran Misión diocesana que dejamos iniciada hoy. Deseamos celebrar los quinientos años de la Evangelización de América evangelizando, es decir, anunciando a Cristo muerto y resucitado que nos trae la salvación. Levantando en lo alto de la Cruz, alzado en manos del sacerdote en la celebración eucarística, Él quiere atraer nuestros corazones hacia sí y también a los de tantos hermanos y hermanas nuestros que lo buscan y desean conocerlo.

Confiamos este año de 1992 con sus dificultades a la Madre de Dios, la Virgen María de la Caridad del Cobre. No abandones, oh Madre, a tu pueblo, libra a Cuba de llantos y afán. A Ella, a Nuestra Señora de la Caridad, confiamos también nuestra gran misión diocesana y nuestros anhelos de Paz para todos nosotros y para el mundo entero.